

Voz ronca y potente

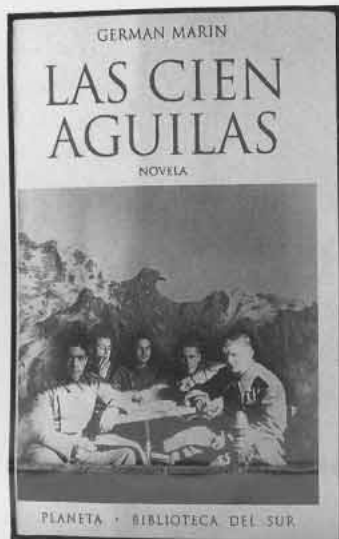
¿Quién es Germán Marín y por qué escribe esas tremendas cosas sobre nosotros? *Las cien águilas* deja en claro que se trata de un escritor singular y, por decir lo menos, con carácter.

De un tiempo a esta parte, se susurra por ahí que Germán Marín es un escritor de culto, que está entre los grandes, que no hay nadie igual a él. Esto último, es innegable. Germán Marín no se parece a ningún otro escritor chileno. Entre otras cosas, porque, a su modo, claro, está siguiendo las huellas de Proust.

Ajeno a las tribus, sus novelas aparecen sin aviso pero se comentan en cafés, tertulias y talleres.

Hombre maduro, con un rostro duro que desde la solapa de sus libros pareciera querer alejar a sus posibles lectores, Marín es demasiado viejo para ser parte de la llamada "nueva narrativa" y demasiado joven para estar muerto, perdido o, lo que puede ser peor, institucionalizado. Si bien entregó una novela en 1973, encontró su voz después del exilio. Publicó *El palacio de la risa*, sobre las torturas en Villa Grimaldi, y anunció la trilogía *Historia de una absolución familiar*, cuyo primer tomo, *Círculo vicioso*, obtuvo el Premio del Consejo Nacional del Libro. *Las cien águilas*, el segundo tomo, está centrado en la adolescencia, en su familia de origen italiano y en su paso por la Escuela Militar donde tuvo nada menos que a Augusto Pinochet como instructor.

Pero esta no es *La ciudad y los perros* ni tampoco un viaje a fondo, de denuncia, al mundo militar. Hay un episodio escalofriante ambientado en los cerros de Chena donde los cadetes "entrenan", pero, en rigor, el tema militar sólo es una fracción del libro y, como todo aquello que está escrito con más odio que cariño, es quizás la más débil y menos interesante. Para ser un libro en extremo



puntudo, que dice cosas que casi nunca se dicen, hasta la descripción del joven Pinochet parece deslavada: "El capitán Pinochet no era mejor ni peor que cualquier otro oficial intermedio de la Escuela, aunque se caracterizaba por exhibir uno o dos puntos más altos de inmisericordia cuando montaba en cólera".

Lo más alucinante de *Las cien águilas* es el propio Marín, su voz, su prosa, su mirada, su ge-

nio, su calentura, sus rencillas. Mientras algunos intentan distanciarse lo más posible de su ser para crear un trabajo que tenga algo de artístico, Marín se muestra entero. Es más: nunca intenta pasar desapercibido. Más que una novela en tres tomos, la verdad es que es una de las mejores autobiografías escritas en Chile. No me consta, claro. Según la solapa es una novela. Quizás todo es un invento y pura fabulación. Da lo mismo. Lo importante es que el libro es potente, sea autobiográfico o no.

Si pierdo el tiempo en esto no es porque me importe si la obra es verdad o no (al final, da igual) sino porque el estilo por el que opta Marín es el de la memoria. De la memoria más autorreferente posible. En *Las cien águilas* hay poco trabajo narrativo tradicional destinado a seducir al lector. Todo lo contrario. Marín se pasa las convenciones por buena parte e intenta, casi en forma sospechosa, alejar al lector. Pero cuando uno engancha, engancha. Y no por lo que cuenta. Es por el tipo que lo cuenta. Uno termina interesado en él, en Marín, aunque parezca insostenible, cascarrias, arbitrario, denso, caliente, cochino, autoritario, resentido y obseso.

Pareciera que el libro fue escrito pensando sólo en amigos muy íntimos, dispuestos a darse el trabajo de leer el manuscrito motivados por dos razones del todo respetables: el cariño a Marín y curiosidad de acceder a su propio diario de vida. Lo que parte como un libro/novela de memorias convencional, donde el autor rememora hitos de su infancia, de pronto se rompe con trozos donde el autor, aburrido o incapaz de seguir escribiendo, habla de su vida, de libros o películas que ha visto, comenta la realidad, etc. Así, hay dos Germán Marín por el precio de uno: el autor serio que recuerda su pasado y el Chile de los 40 y 50; y el hombre que está detrás de ese autor, que no siempre está escribiendo, que tiene un presente en el exilio bastante menos intenso que el que motiva su escritura. Marín no opta por desvanecerse como Flaubert. Eso le importa poco. Su libro está lleno de intromisiones y observaciones al margen. También, de enervantes notas de pie de páginas, las cuales son completadas al final de cada parte por un Venzano Torres, un crítico literario exiliado en México que, la verdad, no tengo idea si existe o es un invento. Pero este material, que al principio parece impertinente, se va volviendo entrañable. Al final, adquiere no sólo consistencia sino que termina robándose la película.

El propio autor intenta explicar esta falta de orden narrativo, que el mismo bautiza como "intrusismo":

"Como se advierte en el pasaje anterior, al igual que en otros de este libro, no hay una continuidad en el texto que permita avanzar en una sola línea. Me lo impiden los tránsitos del tema y/o quizá mi propia ineptitud para dirigirlos con la estrategia adecuada... Yo no sé escribir, pero da lo mismo, nadie me lee".

Como todo autor grande, Marín escribe para sí mismo. Y el que escribe desde el presente, es decir, desde la Barcelona de los 80, es un tipo al que le sobra el tiempo y le faltan energías. Sin amigos, no insertado en su ciudad adoptiva, con una curiosa relación matrimonial, Marín (o el narrador) conquista por su descarada honestidad e innumerables opiniones. Incluso ataca a novelistas y críticos chilenos con inusitada violencia.

"Esta tarde, luego de abandonar por mediocre el libro de autor chileno que leía, ambientado en la Nicaragua revolucionaria, he practicado algunas inhalaciones de vapor para aliviar los silbidos del pecho".

Marín asume su titánico proyecto (1.200 páginas de recuerdos) con una transparencia aterradora y se autoflagela cada vez que puede: “Debo aceptar que no tengo facilidad para escribir y que, como lo demuestra esta novela, soy lento y titubeante. Después de hacerlo un par de horas, casi siempre levanto agotado la cabeza, derrotado por el propósito, pues siento que no he llegado hasta donde quería. Lamentablemente es la única actividad que me interesa o que, en definitiva, puedo hacer con uno u otro resultado”.

Los resultados están a la vista. Marín se la juega y si bien el resultado no es perfecto, es mejor que muchas obras delgadas y supuestamente correctas. Aquí hay grasa, rípi: sobran carnes y pelos y señales. Pero, más que nada, hay corazón. Y una voz, un tipo, que, a partir de ahora, se suma a los personajes más curiosos e inolvidables de la narrativa chilena. (A. Fuguet).

Las cien águilas, Germán Marín. Editorial Planeta, Santiago de Chile, 1997. 385 páginas.